

BUEN HUMOR

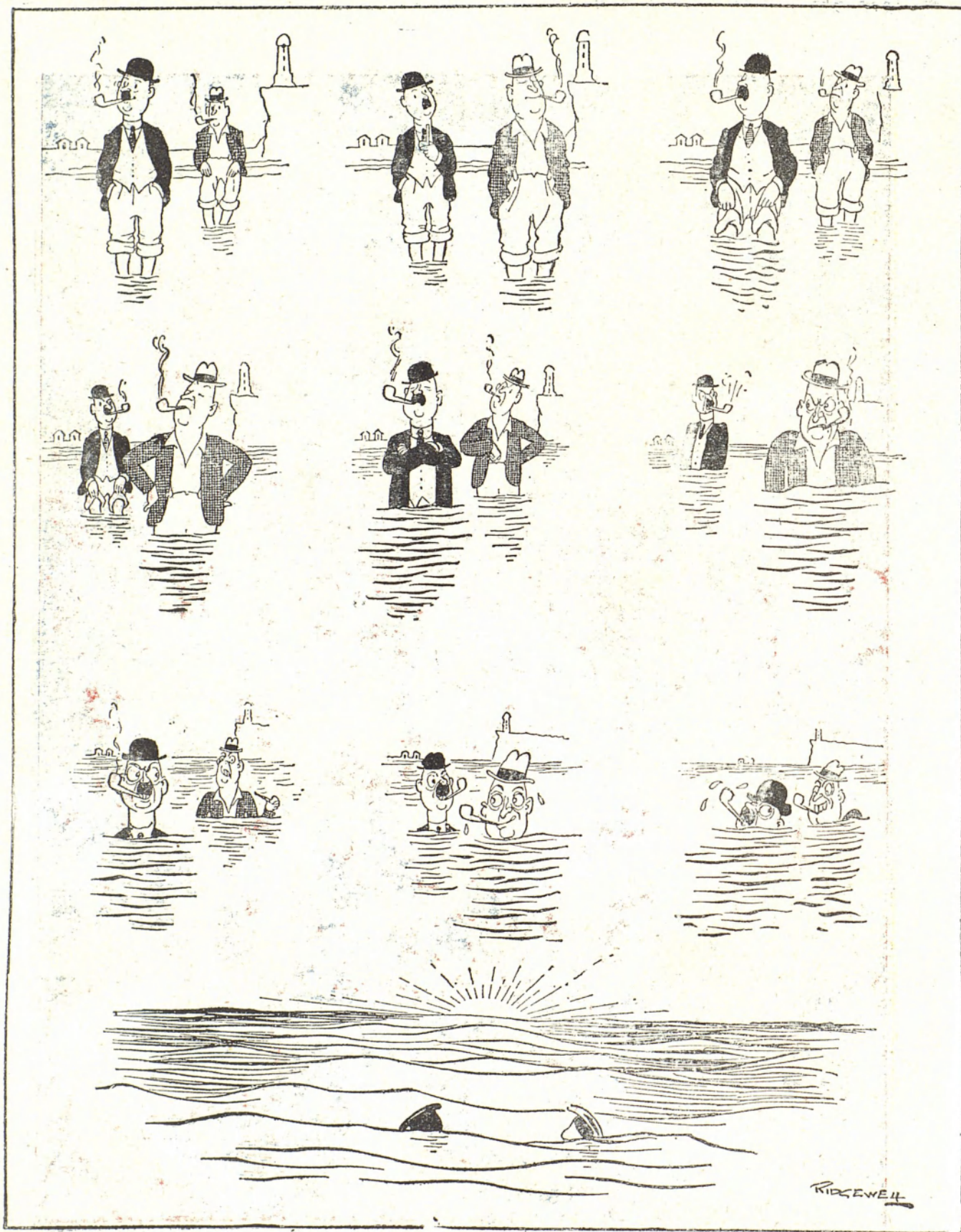
40 CENTIMOS



—Mamá, no quiere que le hables ; mas se ha ofendido de tal forma, que quizá se marche antes de ocho días.
—¿ Ocho días? Voy a hablarle en seguida.

Ayuntamiento de Madrid

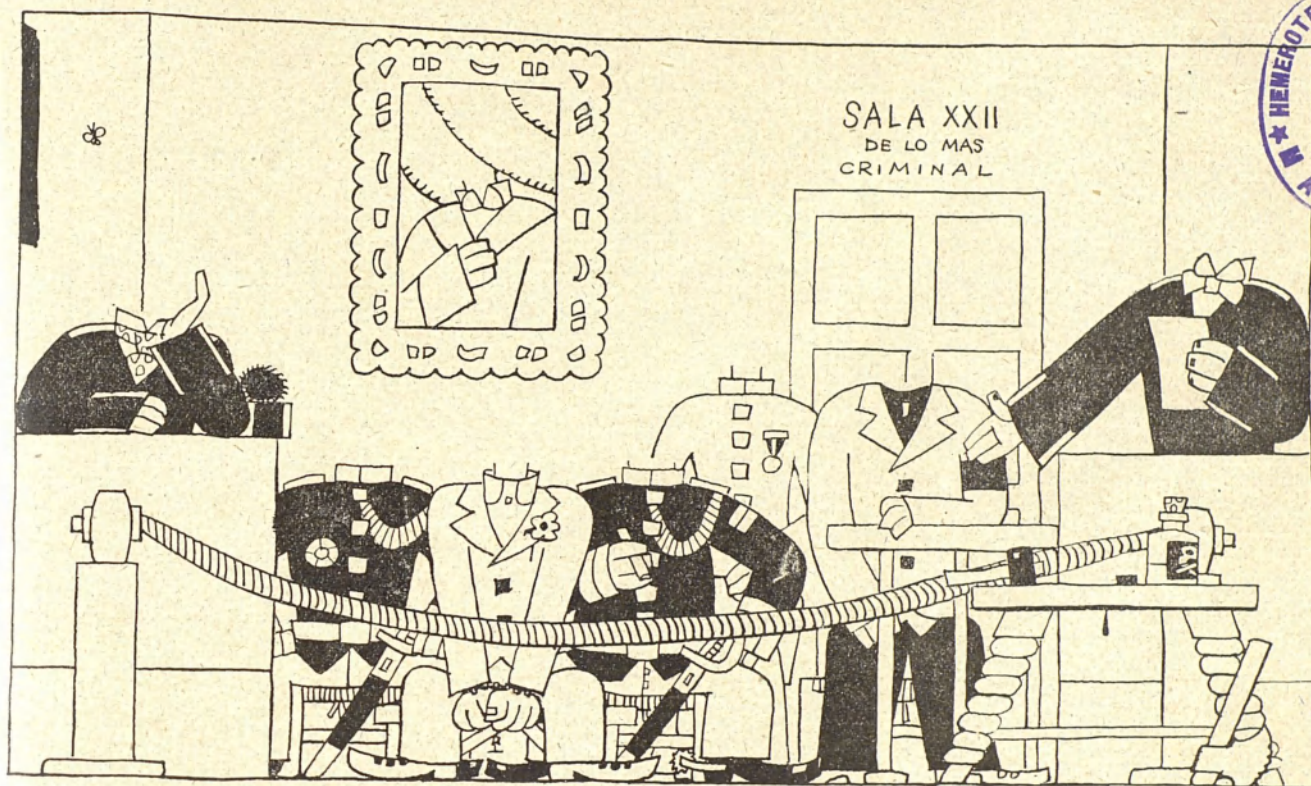
Dib. FOGUES. Valencia.



LOS DOS TESTARUDOS

(De *London Opinion*.)

No
porque
bará in
mes se
cerrada
pia de
bujante
congrue
El Ju
sé ve p
de la
ve al p
sor, a l
ujier co
sobre u
ción, y
presiden
El ju
tan enr
tiene na



NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE AGOSTO Y SEPTIEMBRE

No hará falta decirles a ustedes, porque su natural perspicacia lo hará innecesario, que en el de este mes se trata de un juicio a puerta cerrada, cosa verdaderamente impropia de la estación. Pero nuestros dibujantes son así: arbitrarios e incongruentes.

El Jurado, que somos nosotros, no sé ve por qué está a la parte «de acá» de la maroma. Pero en cambio se ve al procesado, al fiscal y al defensor, a la pareja, a un testigo y a un ujier condecorado. También se ven sobre una mesa las piezas de convicción, y, en la pared, el retrato de un presidente de sala de Salamanca.

El juicio que se está celebrando es tan enrevesado y peliagudo, que no tiene nada de particular que todos los

que en él toman parte hayan perdido la cabezota, por lo cual acudimos a ustedes para ver si entre todos conseguimos restituir a cada uno la suya, tomándola de las que figuran más abajo, que hemos adquirido en un saldo.

Las costas de este juicio sensacional serán, como de costumbre,

CIEN PESETAZAS

que sacudirá nuestro probo administrador al ilustre jurisconsulto que dé con la solución exacta o al que le toque, por sorteo y sin trampa ni

cartón, si los solucionistas exactos son varios.

Conviene advertir a nuestros amados concursantes que nuestra prolongada experiencia nos ha demostrado alguna vez que no todos los señores que administran justicia tienen cara de juez. Otrosí, que todos los acusadores no tienen facies tremebundas ni todos los testigos cara de hombre bueno. Y que también hay defensores con rostro avinagrado y ujieres con cara de guardia.

Y nada más. Paciencia, tijera, goma arábica (o sencillamente mahometana), y a no perder el juicio.

Y si lo pierden, quítense el birrete, despójense de la toga y abandonen el estrado. O, mejor dicho, hagan mutis por el Foro.

NUESTROS CONCURSOS

ULTIMA LISTA DE SOLUCIONISTAS AL DEL MES DE JULIO

(PROLONGADO HASTA EL 15 DE AGOSTO)

Manuel López, de Barcelona.
María del Carmen, de Rosa de Duero.

Joaquín Arnal, de Barbastro.
José Sánchez, de Madrid.
Asunción Villadas, de Vitoria.
Julio Sonlé, de Pau (Francia).
Margarita Malverti, de Palma de Mallorca.

Josefina Laguna, de Marrón.
Antonio Fidaigo, de Sevilla.
Leopoldo Puchol, de Ceuta.
Emilia Peses, de Huesca.
Rosina Ferrer, de Melilla.
Antonia Malverti, de Palma de Mallorca.

Enrique Soria, de Madrid.
Pedro Soria, de Madrid.
José María de Viu, de Madrid.
Félix Carrión, de Madrid.
Rosario Gándara, de Melilla.
Carmen G. San Esteban, de Melilla.

Joaquín León, de Miguelturra (Ciudad Real).

Antonio Jiménez, de Madrid.
Manuel Carreras, de Valencia.
Marina Gómez, de Vitoria.
Alfonso R. de Arellano, de Madrid.
Alfonso A. de Arellano, de Madrid.
Mercedes Balcells, de Barña.
S. Barbosa Hijo, de Barcelona.
Alberto Iglesias, de Madrid.
Evangelino Solana, de Madrid.
Mary Sol Bordallo, Madrid.
Ignacio Oller, Carabanchel Bajo.
Asensio Fuentes, Madrid.



—¿Por qué da usted esos gritos?

—Es que estoy llamando a mi amigo Julián.

—¿Y para eso hace falta chillar de esa manera?

—Sí, sí; si Julián está en América.

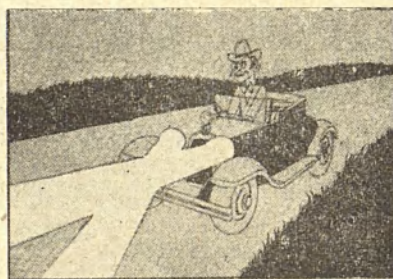
(De *The Boulevardier*.)

Emilio Ruiz, de Madrid.
Joaquín Arnal, Barbastro.
Ricardo Marín, Madrid.
Sebastián Irusta, de Elgóibar (Vizcaya).

Patatas a la inglesa, Escorial.
Alfonso E. Fernández, de El Ferrol (nos envía una solución muy celebrada por su originalidad).

Miguel Lacalle, de Palencia.
María Cruz Zubeldia, de Andoain.
María Jiménez, de Madrid.
Asunción Chape, de Sodupe (Vizcaya).

Jorge Valent Roig, de Valencia.
Juan Cibriello, de El Ferrol.
Juan Díaz, de El Ferrol.
Jesús Díaz, de El Ferrol.
Adela Pinazo, de Barcelona.
Sofía Polo, de Madrid.



Los faros del que mira contra el gobierno.

(De *Nebelspalter*. Zurich.)

Francisco Massanet, de La Línea.
Agapito Sierra, de Alicante.
Adelina G. González, de Alicante.
Senén Rueda, de Valladolid.
Camilo Salas, de Melilla.
Pura Naranjo, de Málaga.
Ramperito, de Palencia.
Rosita Oliaga, de Barcelona.
Maruja Eguivaz, de Infiesto (Asturias).

Pedro Moraleda, de Toledo.
Fernando Pérez, de Palencia.
José Luis Manzano, Madrid.
Rafael Gil, de Salinas (Asturias).
Caritos Alfaro, de Salinas (Asturias).

Mari Sol Gil, de Salinas (Asturias).
M. P., de Barcelona.
Carmen de Orellana, de Barcelona.
Zoila Ramírez, de Barcelona.
Adela Martín, de Madrid.
Carmen Cuadrillero, de Madrid.

Enrique Sánchez, de Santorcaz (Madrid).

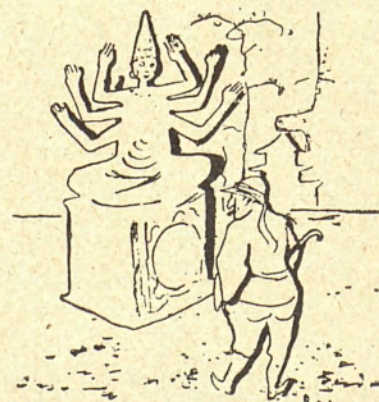
Pilar González, de Alicante.
Rosario de la Serna, de Madrid.
Victoria Quiros, de Jerez de la Frontera.

4. P., Chipiona.
Miguel García Lañudo, Tetuán.
L. P., Chipiona.
Ramón González, Salamanca.
Adriática y Domingo Llorente, San Sebastián.
Sebastián Iruta, Elgóibar.
ta Cruz de Tenerife.

Pedro Marín, Cartagena.
Paquito Martínez, de Meilla.
Alfonso Bermúdez, de Madrid.
Hortensia Reina, de Valencia.
José Martín, de Logroño.
José Luis Alonso, de Logroño.
Carmen Gómez, de El Escorial.
Eduardo Martel, de Sevilla.
Antonio Pérez, de Sevilla.
José Pérez, de Sevilla.
Marujita Morales, de Málaga.
Gloria Ipiens, de Melilla.
Juan Moles, de Barcelona.
Alicia Meléndez, de Barcelona.
M. Gíberta Meléndez, de Barcelona.

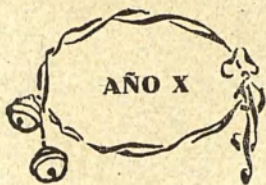
Enma Gómez, de Alicante.
Blanquita Gómez, de Alicante.
Paquito Gómez, de Alicante.
Angel B. Qanebares, de Reinosa.
Gardín Fernández, de Madrid.
Marino Alvarez, de Gijón.
Salomón Bild, Barcelona.
Ricardo Sáinz, de Madrid.
Joaquín Sanz, de Madrid.
Carmen de Orellana, de Barcelona.
Eulalia T. de Fernández, de E. Ferrol.

Laura Santos, de Melilla.



—Una señorita así es la que me convendría en mi oficina para mecanógrafa...

(De *Fufin*. Tokio.)



AÑO X

BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 13 de septiembre de 1931



Núm. 506

YO ERA DETECTIVE

Yo era detective.

Un gran detective.

Mis servicios eran requeridos constantemente. Robos, asesinatos, raptos, secuestros, que aparecían ante los ojos de todos como una madeja; ante los míos, inquisidores y profundos, se convertían en un abierto libro de lecturas infantiles.

Yo fui el descubridor de aquel famoso crimen de la calle de Romain du Saboneur, de París, y del robo, no menos famoso, de la plaza de Wallace, de Londres. ¿Se acuerdan ustedes?

Pero un día vi truncada mi carrera gloriosa por la adversidad, que se ensañó conmigo en una de mis más afortunadas intervenciones.

Estaba yo de servicio en el Gran Hotel Lincoln, de Chicago, pues me había hecho ir, desde España, el dueño para cuidar de que los robos y asesinatos que en su hotel se cometían fuesen los más importantes del mundo, cuando me llamaron a mi despacho desde el número 828 del piso quinceavo.

Eran las dos de la madrugada de un día frío.

Descolgué el auricular ante la insistencia de la llamada, y dije:

—Alló—de una manera tan admirable, que hasta el teléfono tembló en mis manos.

Como si viniese de un mundo ignorado, una voz (tal me pareció), lejana y gangosa, me contestó:

—Tengo un ladrón en mi cuarto.

El caso era insólito. Un ladrón se atrevía a entrar en mis dominios. Dudé.

—¿Está usted seguro de que es un ladrón?—inquirí.

—Sí, señor—me respondió desde el otro mundo.

—¿Por qué lo sabe usted?

—Me lo ha dicho él mismo cuando se lo he preguntado.

—A lo mejor es una broma. Vuelva a preguntarle.

—¡¡Socorro!!...—contestó la voz ultratúmbica.

—¡Alló!—grité de nuevo.

—¡¡Socorro!!!—respondió más lejos aún mi interlocutor.

Y su voz se fué perdiendo en el horizonte auditivo del hilo telefónico.

No necesité meditar plan de ninguna especie. Yo improvisaba siempre mis intervenciones policíacas.

Me metí en la caja viajera de un ascensor y subí quince pisos preliminares.

Salí y me dispuse a buscar el cuarto 828. Los pasillos, apagados, amenazaban tragarme con la oscuridad casi faríngea de sus difuminados finales.

Lentamente, con las manos en los bolsillos, me dirigí al cuarto del misterio.

Abrí la puerta.

Me envolvió una ráfaga de mayor oscuridad. No tuve más remedio que sacar mi linterna de bolsillo. El ángulo de luz que proyecté sobre la habitación recogió una absoluta tranquilidad y un orden completo.

Di un paso. Luego otro. Tres más después, y me encontré en el centro de la pieza.

Sobre una mesa había un maletín con dinero y joyas en abundancia.

Iba a cogerlo, cuando noté que una pistola se colocaba encañonándome la región lumbar, al mismo tiempo que una voz me susurraba al oído:

—¡Arriba las manos!...

—¿Para qué?—pregunté a lo desconocido.

—Para que no saque usted armas—me respondió la voz.

—No las llevo.

—¿¡Cómo!?...

—Que no las llevo.

—Pero ¿qué porquería de detective es usted entonces?

—¡Ya ve usted!

—Y si no lleva usted armas, ¿para qué va a subir las manos?

—Eso digo yo.

—¡Bueno, bueno! Pues no suba las manos; pero como yo le vea hacer algún movimiento sospechoso...

—Descuide usted. ¿Un cigarrillo.

—Sí.

—Pues venga. Déme uno.

—Me desconcierta usted, señor.

—No es extraño—intenté presumir.

—Es que no sé si es usted idiota o si está usted loco.

—Ninguna de las dos cosas. Y ahora veamos: explíqueme usted a qué a venido aquí.

—A robar.

—¿Nada más?



Dib. SILENO, Lourido.

—Nada más. ¿Por quién me toma usted? ¡Yo soy un ladrón honrado, y no un vulgar asesino.

—¿Y el dueño de la habitación?

—No hay tal dueño. Este cuarto estaba libre y, sabiéndolo, he procurado atraerle a usted aquí para impedir que me persiguiera.

—¿Y qué iba usted a hacer conmigo?

—Pensaba atarle e impedir que pidiese auxilio.

—Pero esto está muy feo, ¿no lo comprende?

El ladrón bajó los ojos, avergonzado.

—Sí—me dijo—. Está mal hecho; pero en mi profesión hay que ser hábil.

—Y en la mía—grité, y rápidamente, antes de que él pudiera evitarlo, le arrebaté el revólver y le dije:

—¡Arriba las manos!

—¿Para qué?—contestó él—. ¡Ahora soy yo el que no tiene armas, y, por

lo tanto, es lo mismo que tenga las manos sobre o bajo mi cabeza!

—Es cierto—respondí cohibido.

Los dos nos encerramos en un silencio opaco. Lo rompió él con un juramento electoral.

—¡Voto a bríos! ¿A qué esta oposición de profesiones? ¡Usted y yo seríamos muy buenos amigos si no fuera porque la sociedad nos enfrenta con un encarnizamiento cruel!...

—Así es—confirmé entristecido.

—Yo no sé si yo sería un buen detective—continuó él—; pero de lo que sí estoy seguro es de que usted sería un admirable ladrón.

—¿Usted cree?—indagué curioso.

—Sin duda alguna—afirmó—. No tiene usted más que ver con la limpieza que me ha quitado la pistola, a mí, hombre experimentado, y la silenciosidad y rapidez de sus movimientos.

—Quizá sea así—dije en seguida.

—Y si quiere usted una prueba, intente robar en la habitación de al la-

do. Se trata de una vieja solterona y rica. Tiene el dinero bajo la almohada.

—¿Sabré hacerlo?

—Estoy seguro de ello. ¿Vamos?

—¡Vamos!

A los seis minutos había realizado la proeza y tenía en mi poder—en nuestro poder, mejor dicho—todo el dinero de la solterona.

Animado por el éxito hice tres pruebas más, con maravillosos resultados morales y prácticos.

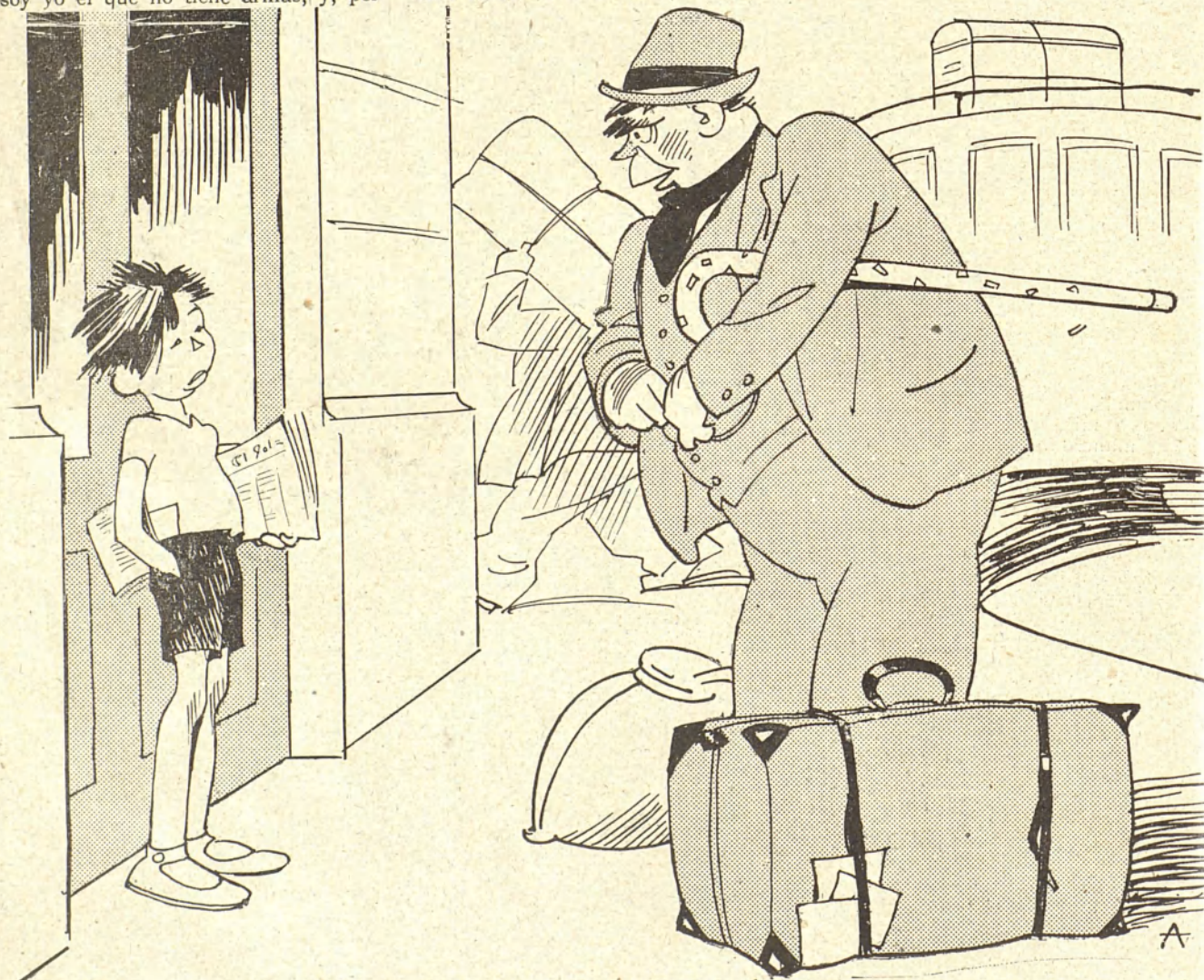
A las cuatro de la mañana había robado en todas las habitaciones del hotel.

Teníamos ochenta mil dólares y multitud de joyas y objetos de valor incalculable. Nos lo repartimos, y desde aquel día trabajamos juntos.

Yo era un detective. Un gran detective.

Ahora soy ladrón. Un gran ladrón... El mejor ladrón del mundo.

ALFREDO MATILLA.

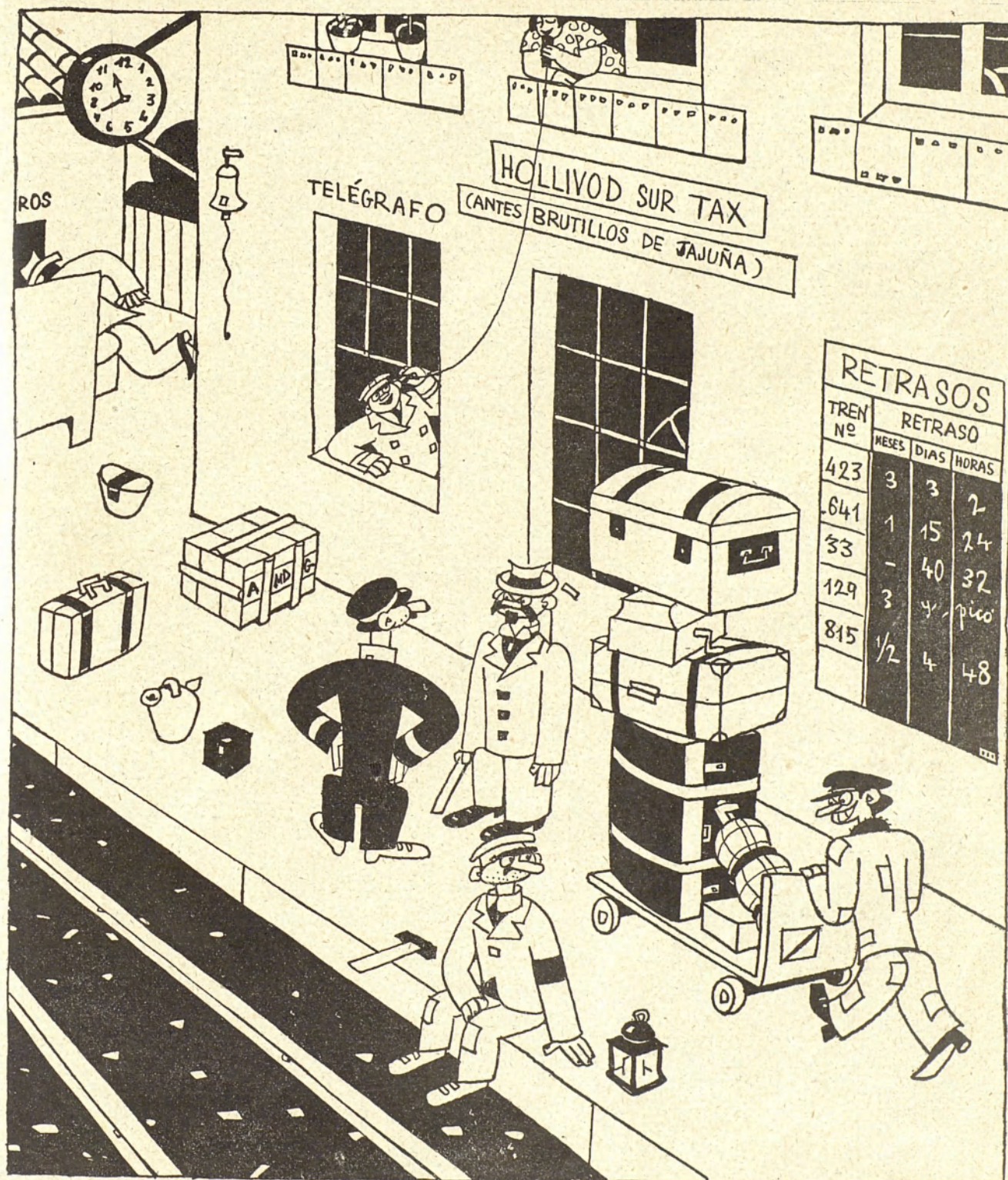


El viajero.—Chaval, dame unos periódicos para no aburrirme en el tren.

—No tengo más que cinco ejemplares de *El Sol*.

—Bueno, dámelos. Me llevaré los cinco.

Dib. AREUGER. Madrid.



—¿A qué hora llegará un amigo mío que viene en el rápido?

—Según. Si viene en el primer coche, a las siete, y si viene en el último, a las siete y veinticinco.

Dib. GARRIDO. Madrid.

HAY QUE EMBRUTECKERSE

Estamos en la Era de la Fuerza Bruta. Siempre se empleó en las eras la tracción animal; pero ahora que ya los animales están de capa caída, pues todo lo animal se hace por máquina, la fuerza bruta y animal pasa a los hombres.

Ahora es la acción y no la argumentación lo que priva y lo que domina. Ya veníamos sabiendo, de hace años, que la persuasión no abre las ostras; hoy eso se ha ampliado y sabemos que tratándose de abrir, sea lo que fuere, sobre todo si se trata de abrir paso, no es el silogismo aristotélico sino el empujón lo indicado.

La Diosa Razón va desapareciendo porque ya no están bien vistos ni los dioses ni las diosas, y en vez de Razón hay Fuerza.

De aquellas que alguien llamó Ideas-fuerzas, no va quedando ni idea, y se van quedando en fuerzas, nada más.

En otros tiempos se decía «fuerza bruta»; pero eso no existe ya: lo que es fuerza no puede ser bruto; inteligencia sin fuerza es una sandez insigne; el síntoma, pues, mejor de que una inteligencia es comprensiva consiste sencillamente en embrutecerse a conciencia y cuanto antes, si a cambio de eso se consigue criar *biceps*, y brutalidad, y empuje. «Hay que embrutecerse», dijo el otro. Y los que vinieron luego exclamaron: «Pues ¡a ello!... ¡El que sea poco bruto que se enmiende; y el que sea bruto ya, que Dios se lo conserve y se lo aumente!» Pascal, como era,

muy inteligente, descubrió la gran sentencia de «Hay que embrutecerse!»; pero como, al mismo tiempo, por el hecho de ser inteligente, y no hallarse embrutecido por completo, tenía que errar en algo, erró en la sentencia dicha que, con todo y ser verdad, es una solemne tontería: «¡Hay que embrutecerse!»... ¡Buena gana!...: «¡Hay que nacer brutos ya para no perder el tiempo en embrutecerse luego!»... El que se ha de embrutecer, señal de que no es bruto. ¿A qué, pues, no nacer brutos si vamos luego a tener que embrutecernos? Salgamos brutos ya desde un principio y todo será magnífico, porque cuanto más brutos seamos menos comprenderemos que lo somos y no habrá titubeos ni habrá dudas...

Es algo meridiano y transparente: usted quiere subirse a un tranvía; si tiene usted en cuenta que va a dar un pisotón; que tiene antes que bajar otra persona; que había delante alguien, o que viene detrás una señora y es cortés dejarla pasar, ¡adiós tranvía!... Si usted fuera bruto del todo, como es su obligación, comenzaría usted por no saber qué es eso de cortesía, derivación de corte, y concepto complicado de ideas fantasmagóricas acerca de los modales, de la galantería, de los juegos florales, etc...; seguiría usted por no distinguir las mujeres de los hombres y por no distinguir nada... Usted sería un bórico



—Sí, hijita, yo he sido igual, igual que tú.
—¿Sí? ¡Qué pena tener que ser igual que usted!

Dib. CASERO. Miraflores.

OROCREMA
ALMENDRAS

EL SABÓN POPULAR
EMBELLECE LA PIEL



LOS
PERFUMES
DE TASARA
BADALONA



lanzado sin prudencia al empujón, y usted, de esa manera, llegaría al primer segundo a la plataforma del tranvía antes que nadie. Y eso es lo que hay que lograr en el mundo: la plataforma...

Quizás usted, lector, me oponga un razonamiento: quizás usted me diga que en cuanto seamos todos de esa unánime y total brutalidad se convertirá en batalla campal la simple subida a un tranvía, y se complicará de un modo atroz una función tan sencilla como esa. Quizás usted razone de ese modo; pero, ¡claro!, como el hecho de razonar supone inteligencia y la inteligencia es una tontería, su razonamiento será tonto. Aunque todos procuremos embrutecernos por igual y todo lo más posible, no todos lo conseguirán en igual grado: habrá brutos perfectos y brutos no tan brutos; lo mismo que ahora ocurre con la inteligencia y el cerebro, pasará el día de mañana con la brutalidad y con el músculo. Ahora se lleva a los niños para que discurren y aprendan; mañana será al revés: se procurará atiborrarlos de brutalidad y de fuerza. Bellotas y más bellotas, antes y después de las comidas; y al niño que veamos con un libro darle una de esas tundas que hagan época. Pues de eso se trata, lector; de hacer una nueva época... En cuanto veamos a un niño que mete la mano en la fuente de los pasteles, y da un «arrempujón» a sus hermanos en cuanto quieran también participar de la fuente pastelería y le pegue puntapiés en las espinillas a papá cuando quiere corregirle, entonces la familia, satisfecha, no diremos que dará premios al mozo—porque el niño no habrá de esperar a que le den lo que quiera, sino que lo tomará por puños cuando a él le dé la gana—, pero sentirá satisfacción y dirá para sus adentros: «¡Tiene porvenir este chico!»

Pues bueno, cuando eso suceda triunfarán los que sean más brutos. El adelantado mental, o sea el menos bruto, quedará atropellado por los otros. No habrá, pues, en embrutecerse ni más ni menos peligro que el que hoy corren los chicos en lustrarse, educarse y afinarse. Hoy el que estudia y aprende corre el peligro de no aprovechar los estudios y de no ser tan listo como otros. Pues lo mismo pasará en lo sucesivo, habrá muchachos dispuestos que salgan en seguida brutos; y habrá otros que,



El fotógrafo.—Mire usted aquí, que va a salir un pajarito.
El gato.—¡Caramba! ¡Cómo me voy a poner! Ahora mismo me hago una docena de postales.

Dib. TAULER, Madrid.

por mucho que trabajen, no consigan embrutecerse. Estos pobres infelices se habrán caído, es claro; desde luego; pero eso no importa nada. Siempre es más fácil hacer brutos que hacer sabios. La pedagogía, por tanto, se simplificará de un modo extraordinario, y no habrá, como ahora ocurre, que despilfarrar en escuelas.

Lo que ahora ocurre es grave: ahora se estudia mucho, se gastan los dineros en instruir a los niños, y luego, en fin de cuentas, viene un bruto, le empuja y le vuelca. Cuando todos

sean brutos—o al menos procuren serlo—no pasarán esas cosas. El que no sea tan bruto se fastidiará, conforme; pero eso será justo, le estará bien empleado; si no supo hacerse un bruto de provecho ¡que se reviente y lo pague!...; pero al menos las familias y el Estado no habrán perdido el dinero en escuelas y en libros y en fosfatos... Eso ya es de brutos, sí; pero tenemos que ser mucho más brutos...

MANUEL ABRIL.

CALAVERADA ESTRAMBOTICA

Mimada hasta el exceso, Rosalía cultivó sin cesar la extravagancia, la rareza, el capricho y la manía, desde poco después de la lactancia,

y hace un año la dió, macábramente, por tener en su cuarto «de soltera», dentro de una vitrina reluciente, una blanca y pulida calavera.

¿En dónde la adquirió? ¿Fue por dinero? ¿De quién fue?... ¡Dios lo sabe y se lo calla! Lo mismo pudo ser de un pistolero, que de un juez, que de un as de la pantalla.

Mas no puede extrañar a los lectores que tuviese tal pieza Rosalía, del modo que la tienen mil doctores y más de un aprendiz de anatomía;

lo raro en nuestra joven caprichosa no era que la tuviera en aquel nido; pero sí lo que hacía, cautelosa, con el cráneo *pelao* desconocido;

pues, gastando el carmín que en sí empleaba, restregaba la barra con destreza en el sitio donde ella imaginaba que tendrían los labios la cabeza.

En lugar de las propias, con trabajo, y por coquetería o por decoro, puso en el hueso maxilar de abajo, con cuidado especial, dos muelas de oro.

Colorete a los pómulos ponía, y en las órbitas huecas, por delante, dos ojeras con rímel entendía que les daban aspecto interesante;

y, por fin, adoptando raro acuerdo, en el hueso frontal (vulgo en la frente), un redondo lunar, al lado izquierdo, le pintó la muchacha lindamente.

En mirar maquillaje tan gracioso se pasaba las horas distraída, sonriéndole al cráneo misterioso... sin ser nunca por él correspondida.

La mamá, cierto día, con mal gesto, quitó el cráneo fatal, rico en colores, del cuarto de la niña, y en su puesto un ramo colocó de bellas flores.

(El que algunos hallaran censurable tal medida, lo juzgo una simpleza. ¿Qué se puede imputar, como execrable, a una madre que quita la cabeza?)

Con dolor vió la niña encantadora cómo la calavera maquillada (por orden de una madre previsora) salía de su espléndida morada;

y hoy la dama, entre plácida y severa, repitiéndola está, día tras día:

—¿Qué, no tienes bastante calavera con tu cacho de novio, vida mía?—

Y es verdad; no hay bribón que le aventaje Calavera es el tal, de ocultos huesos, que no admite en la faz más maquillaje que aquel que ella le imprime con sus besos...

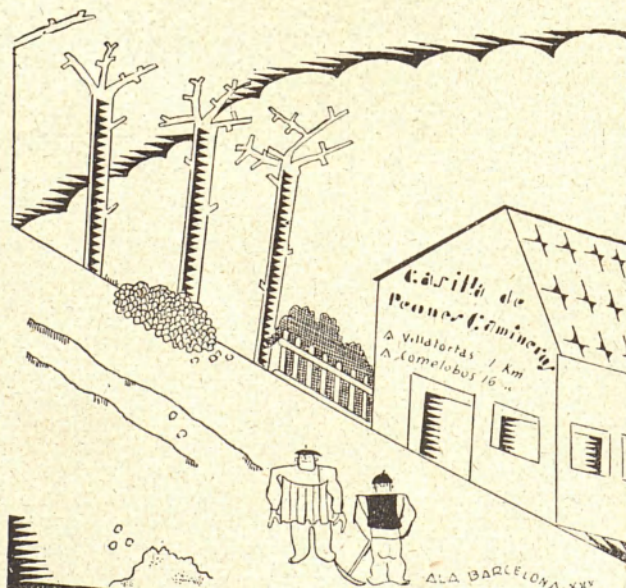
Y la monda cabeza, ya tocada con sutil telaraña por mantilla, ¡de su dueña gentil abandonada, está haciéndose polvo en la guardilla!...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



—¿Qué haces ahí parado, Moncho?
—Nada, es que estamos en huelga.
—¿Y qué tiene eso que ver?
—Mucho. Porque la huelga es general.

Dib. Ki-ko. Madrid.



—Me dijo usted a razón de quince pesetas por cabeza, y me pone el doble: yo no tengo más que una cabeza.

—Señor... ¿No dijo que tenía la solitaria?

Dib. ALA. Barcelona.

POR QUE ODO A LOS FOTOGRAFOS

I

Quedé absorto contemplándola. Era una mujer extraordinariamente bonita, mucho más bella, sin duda, que la hija de mi patrona. Cambiamos unas miradas expresivas, de mutua simpatía, y como yo nada importante tenía que hacer, decidí seguirla respetuosamente. Fui detrás de ella durante mucho tiempo: toda la tarde. Mi dama incógnita debía hallarse cansada, porque frecuentemente se detenía, y, quitándose los zapatos, estiraba los piecitos con gesto dolorido. Luego, calzábase de nuevo la filigrana zapateril y proseguía andando con más brío. Hubo un momento en que cojeaba. Fué entonces cuando la vi tomar un taxi.

Instintivamente me palpé los bolsillos del chaleco y debí quedar intensamente pálido, ya que las dos únicas pesetas que creí llevaba todavía, había las gastado momentos antes en comprar una ocarina.

Elaboré gruesos epítetos contra la imprevisión y otras zarandajas, que no llegaron a exteriorizarse. Descargué pataditas en el suelo, como tengo entendido que hacen los impacientes o malhumorados; pero como yo no he pertenecido nunca a ninguno de los dos gremios, ¡me di una de pistones!...

Después observé que el «auto» se ponía en marcha y que mi linda mujer me miraba de una manera... Comprendí: yo le había gustado.

Apunté el número de matrícula del coche.

Hallábame contentísimo, alegría que desfalleció un poco al llegar a casa. Era tarde y todos habían ya cenado. Mi padre me miró severo. Aquella noche me dejaron sin postre.

II

Supe el domicilio de la dama que constituía mi obsesión. Averigué su nombre: Cleta. Logré también, sirviéndome de mi audacia, hablar con ella y, finalmente, conseguí que me amase. ¡Ay, sí!

Ella misma me lo dijo: «Te quiero, porque eres guapo y zurdo.»

III

Nuestro idilio corría desenfrenado. Cleta me dió una tarde todo su amor y dos estacazos por creer que le era infiel. Sí, me quería mucho y me hizo dejarme el bigote. En re-

compensa, ofreciome su mata de pelo, que guardo como reliquia en una sombrerera. Eramos felices, repito, pero un día...

Un día, habíamos entrado en un restaurante y pedido dos cubiertos.

—Tengo que decirte algo muy triste, Anacleto—me espetó a boca de jarro.

Abrí mucho los ojos.

Cleta permaneció breves momentos callada después de pronunciar estas palabras, con la vista fija en un «roastbeef» que nos acababan de servir, y como si le atormentara la visión de algo y deseara hacerlo desaparecer, trincó el filete, lo partió en dos pedazos y se introdujo uno de ellos rápidamente en la boca.

Yo seguí anhelante los movimientos de sus mandíbulas, y ella, leyéndome en el rostro la ansiedad que ex-

perimentaba, comenzó a decirme con la boca llena:

—Anacleto, tú no ignoras que mi patria está muy lejana, que por un azar me encuentro yo aquí ¿verdad? Pues bien: lee esto.

Cogí el papel que me tendía. Era un cablegrama. Leí:

«Cleta: Padre muerto, hurgarse nariz. Ven pronto, Wladimiro.»

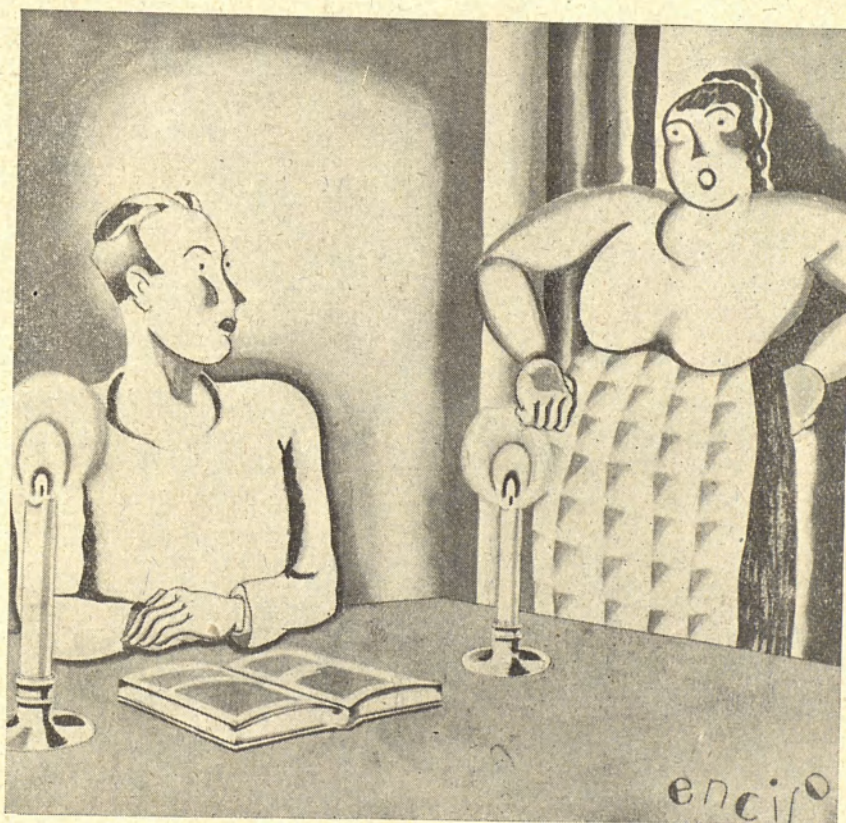
Me interrogó con la mirada:

«¿Comprendes lo que esto quiere decir?»

«Sí, mi Cleta.» La separación entre nosotros era inevitable. Hasta entonces, nunca supe lo que yo la amaba. Quedé anonadado, hecho cisco, roto, como si hubiese jugado un partido de fútbol.

—Vámonos, no me siento bien—la dije.

Salimos del restaurante, y era tan-



La patrona.—¿Qué es eso de encender dos velas a la vez?

El estudiante.—No se enfade usted, es la misma que la he partido en dos pedazos.

Dib. ENCISO. Madrid.

to mi dolor, que se me olvidó pagar al camarero.

IV

Nos escribíamos con frecuencia. Eran las cartas de Cleta, al principio, cariñosísimas, saturadas de pasión, chorreantes de ternura; cartas kilométricas, conteniendo todos los detalles minuciosos de su vida; cartas escritas con tinta china y letra microscópica. Luego... fué aumentando el tamaño de la letra y disminuyendo el de la carta.

Yo, tuerco de cariño, quería disculparla. Cleta, nunca escribía con estilográfica, y la pobrecita ¡tenía que mojar tantas veces la pluma en el tintero!

V

Hoy hace seis años de nuestra separación. Tengo en mi poder una misiva suya, que he besado con alegría. Dice así:

«Mi amado Anacleto: Quiero regresar a tu lado y casarme contigo. He meditado friamente esta resolución, que podía llevarnos a un error mutuo. Tú sabes que a mí siempre me han gustado los hombres guapos. Quiero creer que tú seguirás, poco más o menos, como te dejé; pero seis años, son muchos años. En ellos ¡puede variar tanto un hombre! Y lo mismo puede suceder a una mujer. Por esto, te envío mi «foto». Envíame tú la tuya, y si sigues igual que entonces, pronto me

tendrás en tus brazos; si no, una amistad sincera.

Tuya, Cleta.»

Estaba contento. Tenía la seguridad de no haber variado nada en esos seis años de separación. Y para enviarla cuanto antes el retrato, enderecé, porque los llevaba algo torcidos, mis pasos a casa del fotógrafo. Ante él me expliqué:

—Quiero que me haga usted una cosa perfecta, un retrato que luego ampliará a tamaño natural. Procure esmerarse, se trata de mi prometida y...

—Sí, sí—me interrumpió adulador—, comprendo. Es mi especialidad. Precisamente tengo patentado un aparato amplificador maravilloso. Quedará usted contento.

Dispuso los bártulos, me enfocó, y yo puse la cara de primo que se pone en estos casos.

—¡Ya está!—me dijo, sacando la cabeza del «túne». Puede usted venir a por ella el martes por la tarde.

—¿El martes? Es el caso que no puedo.

Era verdad, el día de más trabajo en mi oficina.

—Antes, no, caballero. Materialmente, no tengo tiempo; pero si a usted le parece, puedo enviársela a las señas que me diga.

—Es que yo quisiera verlo antes.

—Por eso no se inquiete. Yo le garantizo que ha de quedar bien.

Ante esta promesa, y para evitar toda dilación de tiempo, no tuve inconveniente en dar al fotógrafo la dirección de mi prometida.

VI

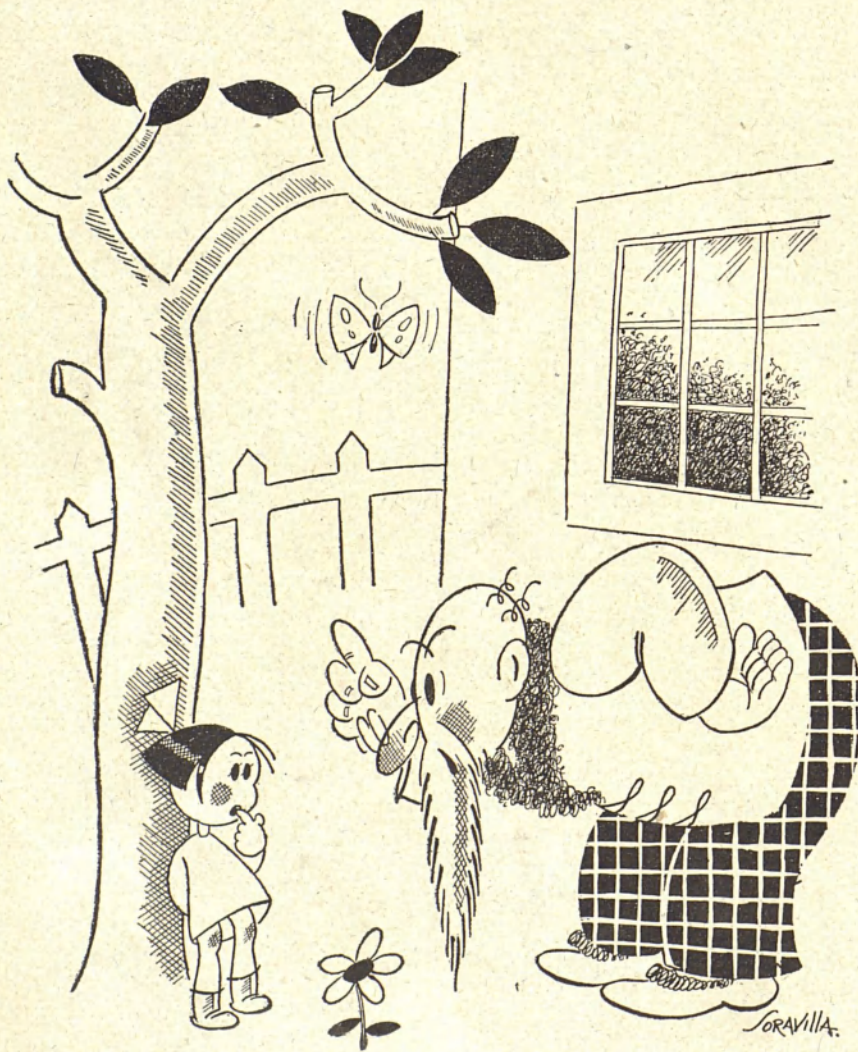
Tenía la certeza de que poco más o menos el fotógrafo me había sacado como yo era. Seguramente favorecido. Por eso quedé atónito al leer la carta de Cleta.

«¿Qué razón la mía!, me decía. ¡Estás feo, sin paliativos de ningún género; más feo que tu padre! ¡Ya lo creo! ¡Jamás sabrás de mí!»

¡Ah, coqueta! ¡Pérfida! ¡Mala mujer! ¡¡Radioescucha!! ¡Qué pretexto tan ruin, tan barato, para deshacerse de mi cariño! La maldije.

No por otra cosa que por corroborar la maldad de mi ex amada, solicité del fotógrafo una copia de la ampliación. Me la entregó junta con el retrato original. Ese era muy pequeño. Aquella, de tamaño casi natural. La vi y lloré.

Sí; lloré, porque aquel asesino, destructor de mi dicha, sólo me había ampliado la nariz y los zapatos.

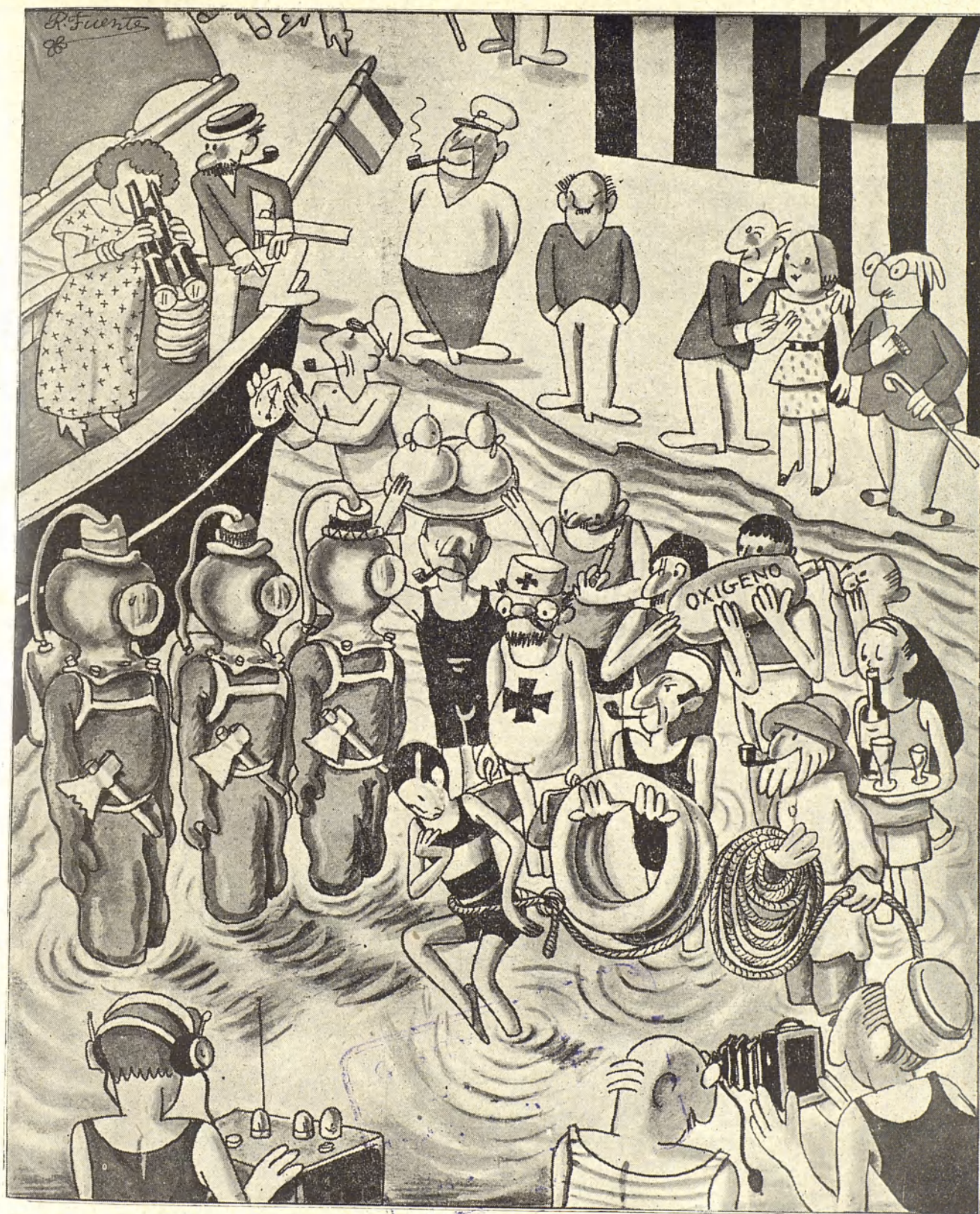


—Niña, como seas traviesa te encierro en el cuarto oscuro.

—A mí, qué..., ¡no pienso llorar!

Dib. SORAVILLA. Madrid.

FAUSTO DE LA POZA SÁENZ.



DE VERANEO

El hijo único del multimillonario toma su primera lección de natación.

Dib. FUENTE. Madrid.

LAS POBRECITAS MUJERES

¡HOY LA HEMOS COGIDO FILOSOFICA!

En la Edad Media bastaban varias gotas de un simple filtro amatorio para enamorar a la fémina más inabordable. En nuestros días, las mujeres—como el agua del canalillo—, ni aun con filtro se consigue «colarlas».

Las lágrimas femeninas son tan «desgarradoras», que siempre destruyen un corazón o un bolsillo.

En lides de amor, la mujer es más cuerda que el hombre; una cuerda que, como te descuides, te ata para toda la vida.

Antes de tirarse a fondo para dar el sablazo, avisa el varón: «¡En guardia!» Ellas dicen, sencillamente: «¡Cuánto te quiero, Fulano!»

Con un zeppelin puede darse la vuelta al mundo sin grandes complicaciones; con una señora, todo lo más, la vuelta a una manzana. Bien es verdad que las mujeres tienen muy poco de «dirigibles».

Los varones se muestran cada día más exigentes para llevar al altar a las vástagas de Eva. Antes, con un poquillo de físico y las cuatro reglas de la Aritmética, se casaban infinidad

de mujeres. Hoy, ninguna va a la Vicaría (calle de la Pasa) por Hermosilla ni por Lista.

La cultura de la mujer no depende del mayor número de escuelas que se le dediquen, sino del menor números de espejos que la rodeen. En el momento que se suprimiesen los espejos descendería considerablemente la estadística de las tontas.

Estad prevenidos contra las consecuencias de la moda de las féminas extrafinas y las muchachas «tablas». Nadie sabe de lo que es capaz una mujer «despechada».

Muy jóvenes, parecen ellas, ¡ay!, un amorcillo; muy viejas, una morcilla.

Las rubias hacen pensar en el sol, el trigo, el «champagne», el oro; las morenas, en el betún, el azabache, los túneles, el porvenir de un cesante; las castañas nos recuerdan... que llega el invierno.

Los solteros encuentran comprensivas e inteligentes a las mujeres guapas; los casados, a aquellas cuyo máximo de aspiraciones por tempo-

rada se limita a dos trajes y dos sombreros; los viudos, recordando acaso lo perdido, a ninguna. Ellas, sin distinción de estados, hallan tan sólo inteligentes y comprensivos a los varones que pagan facturas superiores a mil pesetas.

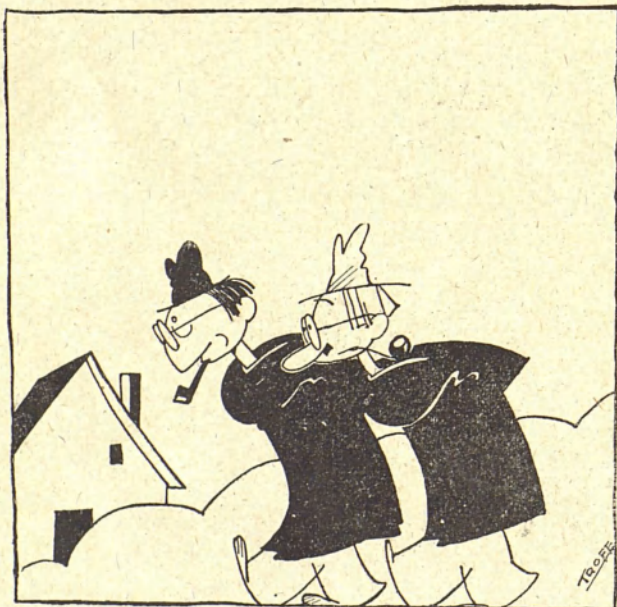
Si las señoras «votasen», en vez de una esposa, algunos maridos preferirían tener un «pelotón».

El café es lo más parecido que existe a la mujer. Nos pone nerviosos, nos quita el sueño, ataca el corazón, se suele tomar con medias, lo hay solo (morenas) y con leche (rubias), cuesta caro y ¡pobre del que lo adquiriera económico o en malas condiciones!

En la integridad de sus cabellos, la mujer puede ser simpática, graciosa, agradable..., pero cuando se los corta gana un ciento por ciento. Todas la «peladillas» son saladísimas.

Sólo cuando cantan dan las mujeres varios «sí» seguidos con facilidad.

JOSÉ DE CÓRDOVA.



—He presentado un cuadro en la Exposición; si me lo premian podré comer bien...

—Pues yo siento un profundo desprecio por la buena mesa.

—Pero ¿por convicción?

—No, por necesidad.

Dib. TROFF. Albacete.



Ellas.—¿Y por qué quieres que vayamos al cine?

El.—¡Como hacía tanto tiempo que no nos veíamos!

Dib. DEL RIO. Barcelona.

ALREDEDOR DEL MUNDO

CURIOSIDADES Y RAREZAS

El obrero que ha tenido más fortuna en las utilidades que obtiene de su trabajo, es, sin discusión alguna, el carbonero.

No se puede negar que saca ocho pesetas de jornal y manos sucias.

El comerciante que trafica exclusivamente en medias de seda para señoras coquetonas, no puede, por muy soberbio que sea, parangonarse con cualquier otro ciudadano que trabaje para sobrellevar la cochina existencia.

Porque éste vive de sus propios medios, y el comerciante vive de sus medias (que ni siquiera se pueden llamar propias, porque si se las pusiera, haría un ridículo de los más desastrosos).

Uno de los absurdos más enormes que se registrarían en el mundo, y que daría lugar a que la gente enloqueciese de estupefacción, es que Loreto Prado viviera en la calle de Hermosilla.

Los ladrones más finos y bien educados que hay en la tierra son los ladrones de Zurich.

Con el pretexto más leve se quitan el sombrero.

Claro es que conviene añadir que se lo quitan los unos a los otros, porque por algo son ladrones, pero el caso es que se los quitan, que es lo que yo quería decir.

En el Paraguay son frecuentísimos los chaparrones tormentosos, hasta tal extremo, que sale usted de casa con sol y vuelve con un reuma que abrumba.

Esto ha dado lugar al aforismo siguiente:

¡Guay del que no tiene paraguas en el Paraguay!

Frase sublime que le humedece a uno sensiblemente, por muchos paraguas que tenga.

El portugués es uno de los idiomas más fáciles de hablar.

Se habla aunque uno no lo sepa.

No hay más que probar y se convence cualquiera, en el acto, de lo sencillo que resulta.

Por ejemplo: si al bicarbonato de sosa se le llama bicarbounato de sousa; si al barrendero de la villa se le llama barrendeiro callejeiro; si al bacalao de Bilbao se le llama bacalado de Bilbado; y si al camarero se le llama y se le da poca propina, ya está uno en condiciones de que le tomen por un portugués, aunque no lo sea.

Prueben ustedes y verán, con apabullante asombro, que el resultado es segurísimo.

Hay una higuera gigante en deter-

minado lugar de Egipto, que produce unos higos de tal enormidad, que solamente con uno de ellos se alimentan los distintos individuos que constituyen un hogar completo.

Allí los llaman higos de familia.

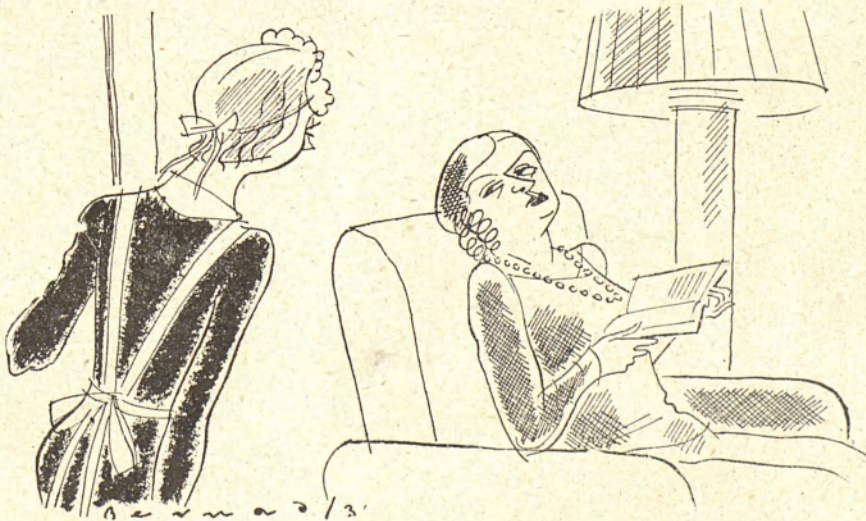
Y son los pobres de familia los que los llaman así, aunque parezca que con esto cometen una infamante falta de ortografía.

En las escuelas laicas de Méjico está severamente prohibido el estornudo.

Porque, como cuando se estornuda no hay más remedio que decir ¡Jesús!, y en Méjico la separación de la Iglesia y el Estado no es chufia, la única manera de evitar que se diga eso, es prohibir que se haga lo otro.

¡Qué fácil es legislar cuando no tiene uno cosas más serias que hacer!

ERNESTO POLO.



UNA VISITA

—¿No ha dicho su nombre? ¿Qué aspecto tiene?

—Repugnante. Así, poco más o menos, como la señora.

Dib. BERNAD. París.

TEATRO HOMEOPATICO

EL BLANCO QUE SE VEIA NEGRO

Tragedia grotesca, en varias dosis, escrita sin ánimo de molestar a nadie.

DOSIS PRIMERA

Redacción de un rotativo.

MAJADERINEZ y PEDANTUELEZ

M.—He de advertirle que en este periódico, tan dignamente dirigido por mí, según me dicen los lectores que me escriben, los redactores gozan de una amplia autonomía para la emisión de juicios; mucho más usted, que ha de hacer la crítica teatral. Pegue sin piedad, o elogie sin tasa, según sus leales saber y entender le dicten.

P.—Oh, señor director, precisamente yo quería pedirle lo que tan graciosamente me concede: libertad, autonomía para la emisión de mis puntos de vista estéticos. Al público se le debe la verdad y yo estoy dispuesto a decírsela.

M.—Pues a ello. Aquí tiene usted la butaca para el estreno de esta noche.

DOSIS SEGUNDA

Sala del teatro Gómez, Fernández, López, González o Martínez. (Apellidos de los respectivos propietarios del inmueble.)

Pedantuelez llega mediado el primer acto, se acuesta en la butaca con indolencia musulmana y cara de hiperclorhídrico y se dedica a buscar personas conocidas, sin prestar gran atención a lo que en escena se representa.

Pasada la revista, atiende al es-

cnario y al enterarse del diálogo el gesto se le avinagra más.

PEDANTUELEZ (*para su gabardina*).—Pues señor, vaya un debut que voy a tener como crítico de teatros. Me voy a hinchar de llamarle cosas feas al autor de este engendro. ¡Cuánta burrada seguida! ¡Qué idiotez! ¡Qué jumentez! Y lo más indignante es que el público se ríe. Es decir, que le gusta esta bazofia. ¡Qué atrocidad! ¡Qué bestias! ¡Cómo celebran el chiste! Bueno, a cualquier cosa se le llama chiste. Es como para avisar al juez de guardia. ¡Mi madre! Me voy a hinchar de decirle animaladas al avestruz firmante de este engendro.

DOSIS TERCERA

Otra vez la redacción.

MAJADERINEZ y PEDANTUELEZ

M.—¿Qué tal ese estreno?

P.—Una birria, mi querido director. Vengo indignado y dispuesto a enredarme a patos con el mulo que se dice autor de tal mamarrachada.

M.—El caso es, mi dilecto amigo, que este autor en cuestión es hijo de mi abastecedor de pan a quien le debo atenciones cuya cuenta he perdido; de modo que yo le agradecería que viese la manera de armonizar sus puntos de vista artísticos y esta deuda de gratitud que tengo con el panadero.

P.—Perdóneme mi ilustre y querido director; pero es el caso que mi

punto de vista artístico, mi criterio personal, mi firma...

M.—Todo puede compaginarse.

P.—Es que la obra no tiene por donde escapar. Hay chistes verdaderamente del género idiota. Figúrese usted que están en una cocina, friendo huevos, y que llega un personaje que dice:

—No me explico la seriedad que reina en esta cocina.

—¿Por qué?

—Porque como dicen que al freír será el reír...

¿Eh? ¿Qué le parece el chistecito, señor director?

M.—Hombre, yo creo que tiene gracia.

P.—Pues hay otro en el que se pregunta cuál es el cómo de un cura modernista, y se contesta que «bautizar a un niño en una pila eléctrica.» ¡Para indignar a una estatua!

M.—Es ingenioso. Y, sobre todo, es disculpable. Se trata de un autor novel, hijo de un amigo mío. Vea, vea la manera de hacer el juicio crítico sin que haya acritud, vamos, dulcificando, ¿usted me entiende? Elogiando un poco...

P.—Sí, dando un bombo.

M.—Empleando una de cal y otra de arena. Para un periodista de su talento eso es fácil.

P.—Será usted complacido.

DOSIS ULTIMA

Ante la mesa de redacción.

Pedantuelez ha arrojado al cesto más de veinte cuartillas llenas de tachaduras y enmiendas. Lleva media hora pretendiendo complacer a su director sin desoir los dictados de su recta conciencia de crítico severo e incorruptible, y el esclavo blanco se ve negro para conseguirlo.

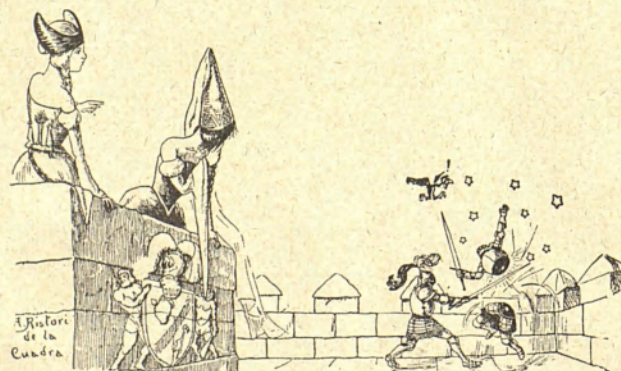
Le aterra el dilema pavoroso de tener que elogiar el cumulo de atrocidades que acaba de oír, o de renunciar a la tribuna que tanto codició para empujarla a latigazos con los mercachifles del templo de Talía.

Pedantuelez da un suspiro de resignación heroica y, mientras escribe un artículo encomiástico, exclama crispando la siniestra mano:

—¡Luego critican a los críticos!

TELÓN

GUILLERMO HERNÁNDEZ MIR.

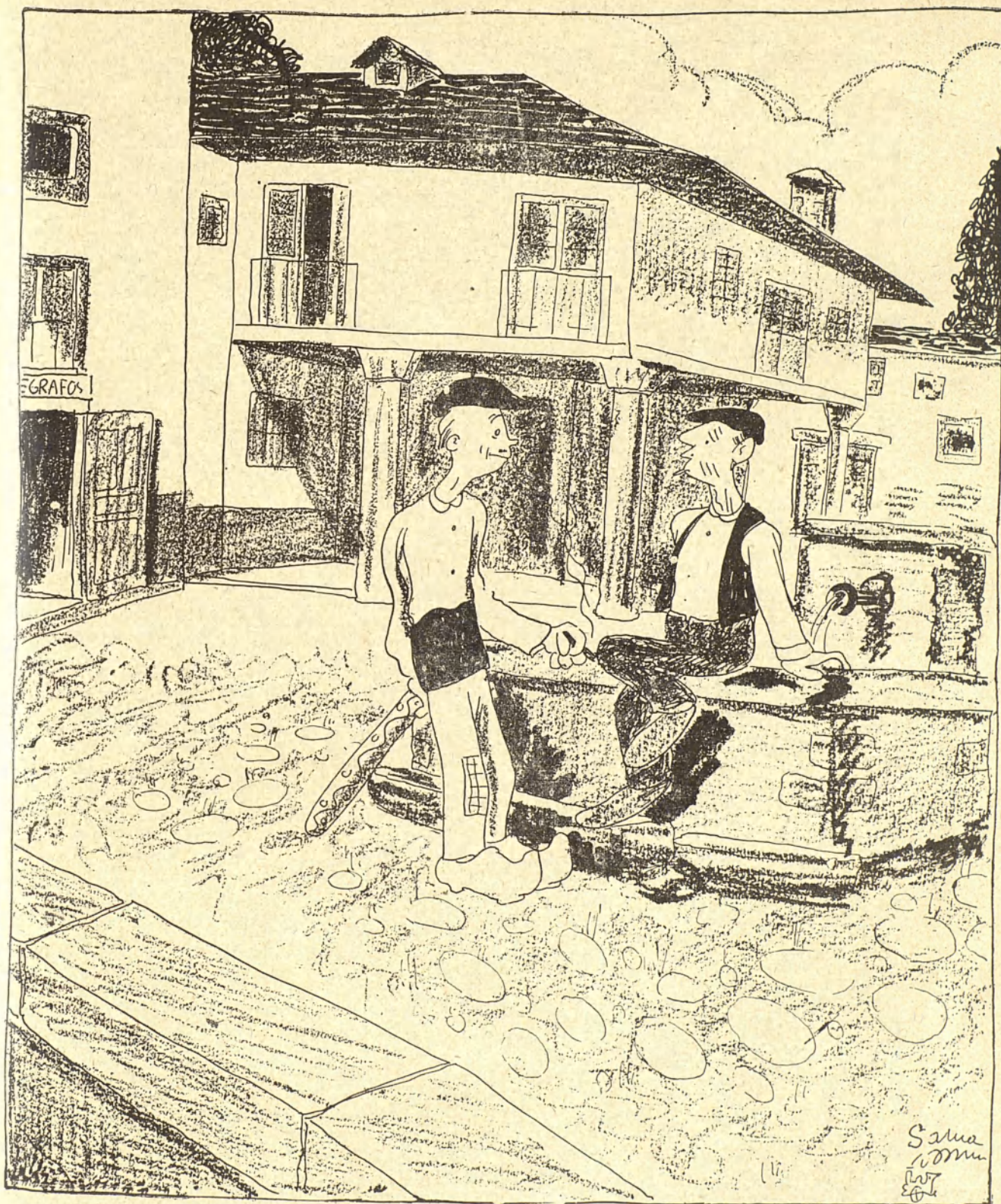


—¿Qué es eso?

—Son dos pretendientes de Edelmira; el de la faldilla negra era el predilecto.

—¿Sí? ¡¡Pues es un partido!!

Dib. A. R. DE LA PUERTA, Madrid.



—Mi abuelo murió a los ciento ocho años y mi abuela a los ciento dos.
 —¡Vaya una cosa! Los míos todavía viven.

Dib. SAMA. Madrid.

¡HAY QUE CUIDAR LOS FINALES!

Mi profesor de literatura era un buen hombre sumamente feble, de rostro oblongo y dedos aculados hasta el metacarpo por la nicotina tabacalera.

Usaba amplios cuellos de pajaritas que permitían a su desarrollada nuez movimientos desahogados y ascendentes.

Era aficionadísimo al mus, a las riñas de gallos y a coleccionar sellos de correo. Además le hablaba de tú a Perlita Greco.

No creo necesario dar más detalles a mis incondicionales y píos lectores para que se den cuenta exacta de su físico y de su moral... Y es que yo, aunque me esté mal el decirlo, tengo la envidiable propiedad, poseo el don exquisito y literario de describir sólo de un plumazo la estructura e idiosincrasia de los personajes que mi mente crea. (¡Si todos los párrafos me salieran así!)

Pues bien; este mi dilecto profesor me distinguía y amaba con un cariño pleno de ternura, a pesar de que siempre le pagué a plazos como las gramolas del siglo xx. (Esto de meter en los trabajos números romanos hace bien y erudito.)

No sólo me aplaudía y elogiaba,

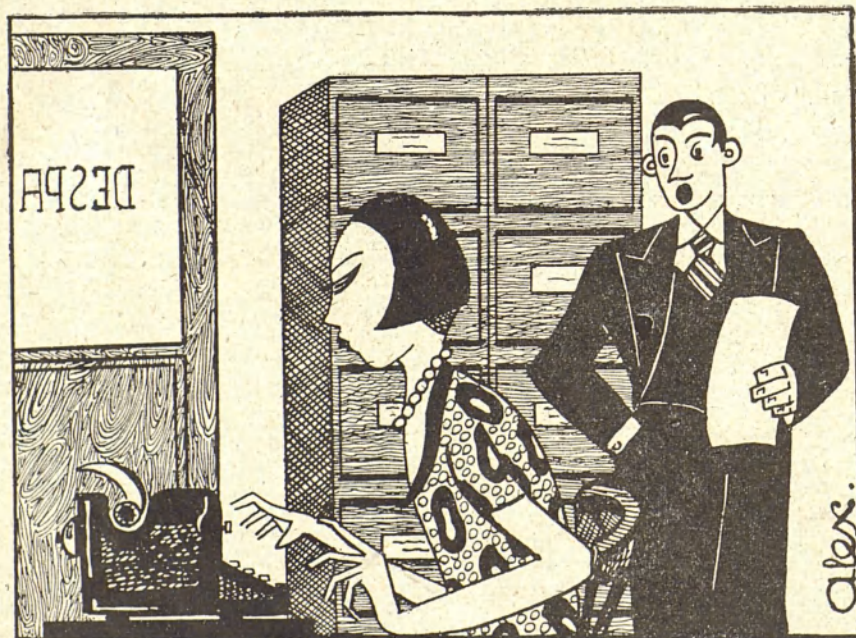
sino que también me profetizaba un brillante porvenir en la *república soviética* de las letras. Nunca, jamás podré olvidar un consejo suyo que quedó grabado en mi cerebro y en mi alma, dejando una huella sangrante, candente y espumosa.

Muchas, muchísimas veces he seguido aquel consejo, y no debo ocultar que casi siempre me ha embriagado el éxito con su aliento popular y metálico.

He aquí su máxima, dicha mientras despegaba de sus labios una colilla cenicienta y harta de arder. «Cuida siempre, siempre, el final de tus trabajos literarios, sea el que sea. El final debe ser siempre la parte sentimental, emotiva, poética o humorista de tus artículos, cuentos o golpes. Es, querido, lo que más impresiona al lector, el rico zumo que se lleva de tu exprimido caletre.» Tenía razón.

II

Y como supongo que estarán ustedes rabiando por conocer algunos de estos finales que tanta gloria me han producido, ahí van unos sencillos ejemplos para intentar demostrar mi aserto o para ilustraros, si es que pensáis dedicaros a escribir para el público.



—No acierto a comprender por qué le llaman a eso dactilografía.
—Pues, señor; está bien claro: porque escribo con los *dactiles*.

Dib. ALEX. Madrid.

FINAL TRÁGICO

«... y sintió en su sien ceniza de otoñal la caricia circular y fría de su star... Después, humo, silencio, nada... Una línea rojiza cruzaba su cara como en los mapas topográficos... Era su sino: ser o *star*...»

FINAL SENTIMENTAL

«Al abrir el bonito camafeo contempló su ovalado rostro y su blondito cabello de ángel, que tantas veces acariciara quedamente, silenciosamente... Suspiró..., y a otra cosa.»

FINAL POÉTICO

«Y el astro, lívido y noctámbulo, blanqueó el caserío, plateó el campo y bruñó las aguas del río, que siguieron murmurando entre pinos y mazaes. Dirfase... Se oyó un chillido en la noche; en la noche que la luna galvanizada... de amor.»

FINAL FLAMENCO

«... y la mano del tocaor quedó presa en el traste de la guitarra. ¡Tienes curvas de mujer! Porque un señorito malange le atizó al de la vihuela—¡tienes curvas de fémica!—con una aceituna gordale en el nacimiento del tupé... Rasgó el aire aquello de

«Me la pegaba con otro
sin motivo ni razón,
va no quiero ni a mi potro
de la feria de Morón.

¡Dale más tela al bordón!»

FINAL HUMORÍSTICO

«Toda la familia quedó estupefacta al abrirse el testamento del que empezaba a pudrirse... ¡Estaba escrito en japonés! Una suegra presente resolvió el conflicto..., y cada día estrenaba un collar cristalino y pelicom... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!»

III

Bueno; pues así podría continuar, como un vetusto *loro*, dándoos muestras de mi *ingenio* con el más *puro* estilo literario; pero temo que de tanta risa os emborrachéis como una *Cuba*... ¡Ah! Miren ustedes cómo sin querer me ha salido este final completamente astracán e hispanoamericano: *loro, ingenio, puro y Cuba*.

Nada: que no puede olvidar los consejos de mi llorado profesor de rostro oblongo, cuello alado y pronunciada nuez.

PEDRO RISTORI MONTOJO.



Correspondencia muy particular



E. P. V. (Madrid).—¿De manera que la condesa, después de leer aquellos papeles, los rompió en mil pedazos y los arrojó por el balcón con furia denodada?... ¡Caramba! ¡Pues resulta que la condesa hizo lo mismo que nosotros acabamos de hacer con estos papeles en que usted nos refiere lo sucedido con los papeles aquéllos!... ¡Qué coincidencia de hechos tan espeluznantes!...

L. D. T. (Almería).—Ya hemos dicho varias veces que el anticlericalismo furioso, como motivo humorístico, nos produce un dolor de barriga terrorífico. Se nota que es usted demasiado laico, y, en su odio a los sacristanes, se le estropea el salero de un modo lamentable.

G. G. A. (Zamora).

Después de leer su «Plática», he quedado convencido de que usted, con la Gramática, muy poco trato ha tenido.

V. de P. (Sanlúcar de Barrameda).

Sanlúcar de Barrameda está algo lejos de aquí; más juro que, en cuanto pueda, tomo el «expreso» en Madrid, suceda lo que suceda, para darte un «cate» allí.

Que te lo tienes merecido, por cochino y por irrespetuoso con tus prójimos.

J. Antón (Jerez de la Frontera).

Mi querido amigo Antón: aun vistos con buenos ojos, sus dibujos son muy flojos para su publicación. ¡Sentiría darle enojos con esta resolución y producirle sonrojos, pues no es esa mi intención!

A. L. M. (Pontevedra).—Su lamentación sobre la agonía del casticismo no tiene encaje en un periódico tan jocoso como éste.

M. Feito (Madrid).—Tampoco los «monos» de usted, ni su articulete titulado «La torta», han logrado desarrugar el entrecejo crítico que se nos pone cuando examinamos una obra que no consigue llegar a ser de arte.

Compadre (Murcia).

Su cuento «El perro que ladra», afectísimo Compadre, le hace digno de una cuadro, aunque eso a usted no le cuadre.

Timoteo Bobaljón (Valencia de Alcántara).—No mantenemos correspondencia sobre los chistes; lo hemos hecho constar millones de veces, pero lo haremos presente una vez más, a ver si conseguimos que usted y los pelmazos como usted se den por enterados definitivamente.

Diego (Barcelona).

El no atender a su ruego nos es bastante sensible; pero nos es imposible, amable colega Diego.

Camilo (Valdepeñas).

No comprendemos, Camilo, que haya un hombre tan idiota que escriba eso de «La cota» y se quede tan tranquilo.

P. B. F. (Talavera de la Reina).—Sí, señor; llegaron sus dibujos. Aquí llega todo, para nuestra desgracia. Por lo tanto, aleje usted de su mente el temor de que se hayan perdido en el viaje. Lo malo para usted es que no han sufrido extravío en Correos, pero que, una vez en nuestro poder, se han perdido para siempre. En «Cestona» los tiene usted, para lo

que guste mandar. Suponemos que esta noticia habrá calmado ya su legítima ansiedad, y no tendremos precisión de volver sobre el asunto.

G. L. P. (Orense).—Es de lo más estúpido que ha caído en esta Redacción hace luengos años.

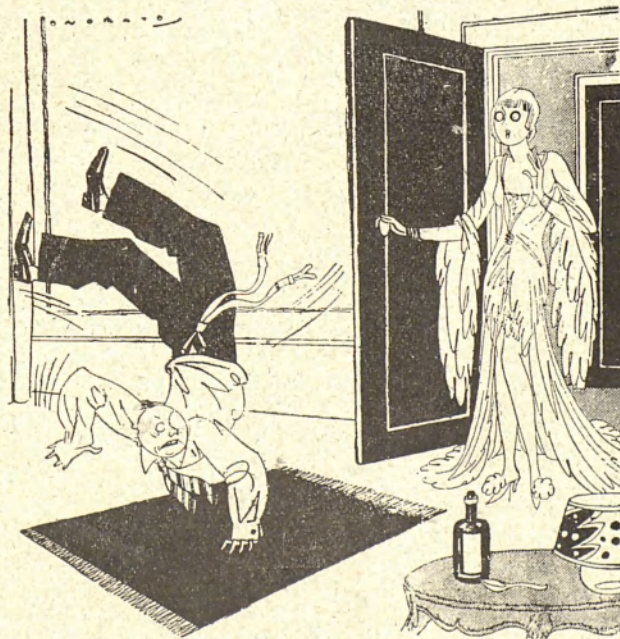
Fuentes (Barcelona).

El artículo de Fuentes, titulado «A unos gitanos», es de los más indecentes que han caído en nuestras manos. [nos.]

D. C. (Madrid).—Su articulo, profusamente titulado «El autor novel o la butifarra y la poesía», no nos parece que reúna condiciones bastantes para su publicación. No creemos equivocarnos muc'o al suponer que usted no está todavía entrenado en la literatura festiva. Porque el recorte que nos envía (procedente del simpático diario obrero) nos ha producido mucho mejor efecto que el trabajo que hemos tenido el disgusto de desestimarle.

J. Suárez Fonseca (Vélez-Málaga).—El cuento, como la mayoría de los cuentos andaluces, es bastante gracioso; pero es de una vejez tan innegable, que lo conocen ya hasta las amas de cría de Cangas de Tineo. Por todo lo cual resulta que se ha molestado usted en vano llenando quince cuartillas para no conseguir más que recordarnos los lejanos tiempos de nuestra juventud en que nos refirió el cuento, por primera vez, un barbero de la calle de Jacometrezo, nacido en Granada, y que, por cierto, cortaba el pelo como los ángeles. ¡Ya murió el pobre!

L. V. E. (Valencia).—Esa clase de chistes está ya más pasada de moda que las botas de elástico. Y en el humorismo sucede lo que con las pa-paletas de empuño: ¡renovarse o morir!...



MAS VALE TARDE QUE NUNCA

—¿Qué haces, hombre? ¿Te has vuelto loco?

—No; es que he tomado la medicina sin acordarme que hay que agitarla antes del uso.

(De *Il Travaso delle Idee*.)

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicar se los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Pa-
ra el **Concurso de chistes**».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

Un célebre ingeniero de mucho ingenio y gracia ha ido a visitar Berlín; allí encuentra a uno de sus compañeros de carrera.

—¿Usted por aquí?... ¡Qué sorpresa! ¿Pero es posible? ¿Usted aquí?...

—¡Sería inútil negarlo! - le contesta ingenuamente.

Licenciado San Román.

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:

—¿Dónde vas tan de prisa?
—Voy a ver si puedo evitar un duelo entre dos hombres casados.
—Tienes ideas muy humanitarias. ¿Quiénes son esos hombres?
—Uno de ellos soy yo.

Teresita Madrid.

Un médico, visitando el hospital, pregunta a un enfermo: los estudiantes que le acompañan en la visita:

—¿Qué profesión tiene usted? —Por fin, señores, encuentro aquí ocasión de demostrar a ustedes lo que he repetido mu-

—Músico.
El médico se vuelve hacia



—Pero no ha visto usted, señora, que ponía recién pintado?
—Sí; pero creí que eso era el nombre del barco.

(De Ric-Rac.)

chas veces en el curso de nuestras lecciones, a saber: que la fatiga y los esfuerzos causados en el aparato respiratorio por la acción de soplar en los instrumentos de música es una causa frecuente de la afección que padece el señor...

Y después, dirigiéndose al enfermo:

—¿Qué instrumento toca usted?

—¡El bombo, señor!

Vicente de Castro (Canillejas).

Ventiladores

LOS MEJORES, LOS MÁS
ECONÓMICOS, CON AIRE
ESPECIAL PERFUMADO.

RAMON ROMERO

Fuencarral, 68. MADRID

EN UN TRIBUNAL

El juez: —¿Por qué mató usted a aquel pobre hombre?

—Porque era un imbécil.

Juez: —Los imbéciles son hombres como usted y yo, acusado.

A. Fernández (Torrelavega).

—Acabo de ver al matrimonio López liado a bofetadas.

—Pues me habían dicho que vivían muy bien, en perfecta comunión de gustos y caracteres.

—¿Conque comunión, eh? Pues ahora estaban en la confirmación.

Vocal (Castellón).



—Papá, ¿es difícil guiar un *outboard*?
—No; basta con saber nadar.

(De *Illustratione*.)

EN UN EXAMEN DE MEDICINA

—Un caballero está enfermo, padece de neuralgias y usted va a visitarle como médico. ¿Qué le ordenaría usted para calmar los dolores?

—Un calmante.
—¡Muy bien! Y después, ¿qué le mandaría?
—La cuenta.

—Sáqueme usted unos zapatos que me estén bien a la cabeza.

—¡Hombre! ¿Querrá usted decir a los pies!

—No, a la cabeza; es que mi señora acostumbra a tirármelos con frecuencia.

Vocal (Castellón).

—¿Has visto? El Cuerpo de Inválidos ahora va a tener un nuevo Reglamento.

—¡Siempre están cambiando el Reglamento!

—¡Claro! ¿No ves que en este Cuerpo todos son «inútiles».

Suñeroj (Madrid).

Un opulento banquero da diez céntimos de limosna a un pobre, y le dice muy gravemente:

—Toma esa perra gorda y a ver en qué la inviertes.

—Señor—contesta el mendigo—, me compraré un automóvil.

Licenciado San Román.

EL CABELLO DE ANGEL

Don Angel Cabello Rubio, el confitero afamado, tal disgusto tuvo en junio, que sin pelo se ha quedado. Pomadas se dió un millar; y ve, lleno de tristeza, que una bola de billar se parece a su cabeza. La parroquia se da cuenta que está calvo el confitero, y la tienda no frecuenta, perdiendo mucho dinero. «Cabello de Angel», leían en un hermoso letrero; y los clientes decían: «el pelo del confitero».

León Cembrano (Madrid).

Un paleta sube al tranvía y el cobrador le pregunta al darle el billete:

—¿Adonde va usted, caballero?

Y el paleta contesta muy formal:

—A casa de un amigo.

Vicente de Castro (Canillejas).

—Papá, hay un gato negro en el comedor.

—No importa, Juanito; los gatos negros son de mucha suerte.

—Sí, y éste lo es. Se ha comido tu almuerzo.

Ramos (Molledo).

A un señor olvidadizo le hacen un encargo, y para que no se le olvide se ata un hilo al dedo. Pasan tres días; dicho señor se ha acordado del encargo, y al verse el hilo en el dedo exclama:

—¿Quién será el idiota que me ha atado esto al dedo?

Enrique Viña (Valencia).

ENTRE BATURROS

—Maño, ¿ya sabes que hay que llevar al Banco los billetes?

—¿Pa qué?

—Me paice que pa bujeriarlos, porque como dicen que se iban, áura dicen que «estampillaus».

Julio M. Peralta (Pamplona).

—¿En qué se diferencia un perro fiel de una señora cursi?

—En que al perro le das un puntapié, y a lo mejor éste te lame la mano, y a una señora

le lames la mano, y a lo mejor te da un puntapié, y si no te lo da, ya no se diferencia de la raza canina.

Suñeroj Suñero (Madrid).

UN VIAJERO APURADO

—Oiga, mozo, ¿en la sala de equipajes no se encuentra mi mundo!

—No sé qué decirle, señor; si quiere, avisaremos a Cristóbal Colón a ver si lo desubre.

Baolo (Barcelona).

EN LA PORTERIA

—¿Vive aquí el señor Caballo?

—No, señor; vive el señor Potro.

—Bueno; es que con tanto tiempo que no le veo, creí que habría crecido.

Tres y uno (Madrid).

—¿Qué periódico de Madrid es el que es más soso de todos?

—Hombre, no sé; habrá tantos...

—Pues «La Voz».

—No comprendo.

—Sí; porque tiene que recurrir a «La gracia de los damas».

Kan-dela-Rhio (Burgos).

EN LA ESCUELA

El maestro: —Dígame qué es una isla.

El alumno: —Una isla..., una isla... es una porción de agua rodeada de tierra por todas partes.

El maestro: —No, hijo, no; eso es un charco.

Juanduarte y Estebangómez.

CALVITONIC

Cura rápidamente la calvicie rebelde

Un solo frasco convence
Se vende en las principales droguerías

ENTRE CARGADORES

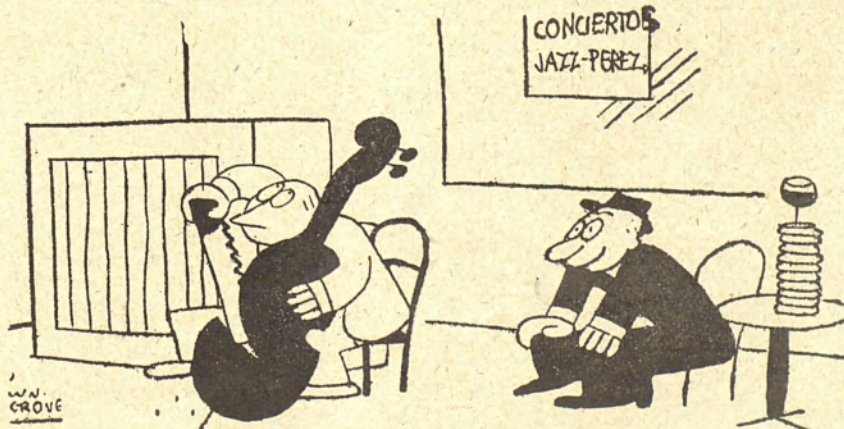
Uno de ellos lleva un baúl a la espalda, da un tropezón, aterriza, y el baúl da la vuelta. Un compañero le dice:

—Eres un «caso» con más fortuna que Franco.

—¿Por qué?

—Porque de un solo vuelo has dado la vuelta al mundo.

Santiago Terceño (Reinosa).



Los instrumentos del jazz, o la distracción del violoncelista.

(De *Le Rire*.)

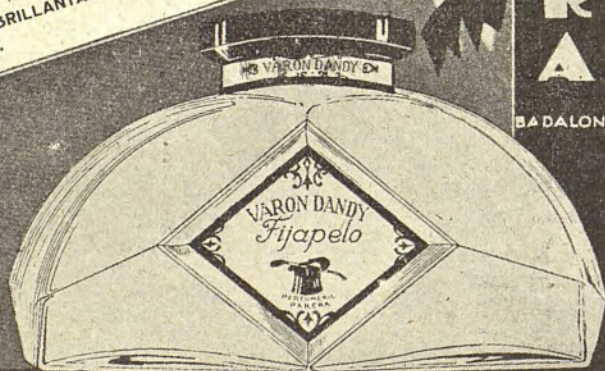
fijapelo

VARON DANDY

PERFUMERIA PARRERA

BADALONA

PESE A LAS MUCHAS IMITACIONES QUE EL EXITO DEL FIJAPELO "VARON DANDY" HA ACARREADO, NINGUNA DE ELLAS HA SUPERADO NI TAN SOLO IGUALADO SU CARACTERISTICA: FIJAR Y ABRILLANTAR EL CABELLO SIN ENGRASARLO.



CUPON
Correspondiente al núm. 506 de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.

CANAS



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente.

De venta en todas partes

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA



El comerciante.—¿Qué hace usted con tanto cuadro como pinta?

El artista.—Los vendo...

(De Jude.)

BARCELONA
HOTEL

BEAUSEJOUR

Paseo de Gracia 23

Casi frente Estación

Apeadero de Gracia

Teléfono 20745-46

Lujosas habitaciones

Grandes salones de

reunión con toda clase

de servicios. Pen-

sión desde Ptas. 17'50

Cubierto, 5 Ptas.

Descuento del 10% a los portadores de este anuncio

PENSION

FRASCATI

Cortes. 647

Teléfono 11642

De primer orden para

familias distinguidas y

extranjeros. Trato

esmerado. Baños,

ascensor, Pension

desde Ptas. 12'50.

Cubiertos Ptas. 3'50.

Los famosos polvos insecticidas **LEYER Y COMP.**^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 =

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería. S. A., Apdo. 605. Habana.

EXTRANIERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 =

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—MADRID.—Apartado 12.142

BUEN HUMOR



—¡ Esposa mía, por poco te quedas viuda! ¡ Me he salvado del naufragio del «Albién»!

—¿ Pero te embarcaste en ese vapor?

—No; por eso me salvé. Ayuntamiento de Madrid

Dib. ALLOZA. Zaragoza

trajes